

Una de tantas simones

EVE GIL

¿Qué universitaria no se ha sentido identificada con Simone de Beauvoir? ¿Qué escritora en ciernes no se ha acercado a ella con temblor de curiosidad y reverencia? No conozco un sólo caso, hasta ahora, de alguna seguidora de Simone que no se estrellara en el trayecto, quizá porque Simone de Beauvoir sólo hay una (y un sólo Sartre también, por fortuna). Pero hay quienes tras el primer trastazo no consiguen superar la realidad. Este es el caso de Marcela, la protagonista de *No soporto el paraíso* (Felou, 2007), título que no se limita a ser hermoso pues define nítidamente la personalidad de este personaje inolvidable, surgido de la pluma de la filósofa y periodista mexicana, Esther Charabati.

¿Puede alguien no soportar el Paraíso? Depende, parece decirnos Esther. No, si se trata del paraíso individual que para unos puede ser la mansión de Hugh Hefner y, para otros, la biblioteca de Alejandría. Pero si se trata del Paraíso por antonomasia, ése que un tercero diseñó según su muy particular concepto de paraíso, puede llegar a ser el lugar de los suplicios. Ésta es una de las afinidades que encuentro entre el título y la novela. Para una muchacha de clase media alta, el paraíso suele constituirlo un hogar confortable, bajo el gobierno de un padre afectuoso y buen proveedor, la posibilidad de asistir a una buena universidad y desplazarse en un medio que le permita seleccionar un marido que reemplace al padre. Para Marcela, una chava alivianada de los setenta, éste no es el paraíso sino la frustración total. Por supuesto, hay en todo esto un elemento de razón pues el padre de Marcela, aunque

perfecto, la ha hecho sentir poco digna de ser su hija. Eso sin contar que la madre de Marcela no es, lo que se dice, una madre en quien se pueda confiar pues, como toda digna custodia del paraíso, a ésta le toca mantener intactos el mantel y las apariencias. En su cabeza no cabe que su hija pueda aspirar a algo más que a emular su posición que cree privilegiada.

En este sentido, Marcela tenía el primer elemento a favor para asimilar las enseñanzas de Simone: no estar conforme con la felicidad convencional y preferir la vía del sufrimiento dichoso; dichoso como debiera ser todo camino elegido. Y como toda seguidora de Simone, pierde la virginidad con un filósofo de esos que, en caló paterno, se denominan: “guarachudo”. Esta circunstancia es algo así como el rito de iniciación para las potenciales Simones. Pero ni Marcela es Simone de Beauvoir, y Santiago dista mucho de ser Sartre, por más que proponga a Marcela hacer un trío. Inteligentemente, la heroína se repone de su primera pena de amor reforzando su conocimiento sobre la escritora y filósofa francesa cuyo centenario celebramos este año. El problema con Marcela es que, por más que lee y relee a Simone, no consigue encontrar la plenitud, allí, donde Simone casi la encontró. *No soporto el paraíso* es la historia de una chica que lucha contra su verdadera naturaleza, en pos de un ideal que no le pertenece. Considero que ése es el problema central, no sólo para Marcela, también para la mayoría de quienes (y me incluyo) quisimos parecernos a Simone, siendo en el fondo demasiado frágiles y convencionales como para no terminar ansiando lo que Simone evitó: la maternidad. Esto, y también esa inconformidad que se intensifica ante el hecho de que, como se señala en la novela, nuestro amante le jure fidelidad a un partido pero nunca a nosotras. Tras la experiencia vivida con un sujeto indiferente y

que desprecia nuestras necesidades afectivas, “femeninas”, enamorarse de un gay es como de cajón (hasta aquí, nadie nos ha dicho que los príncipes azules sí existen, pero son homosexuales).

No se piense por esto que *No soporto el paraíso* es la historia de una muchacha que se afana por parecerse a Simone de Beauvoir. Llega el momento en que Simone pasa a la historia, aunque haya dejado en la jovencita Marcela una marca casi cicatriz. Es entonces que Marcela comete, otra vez, el error de la mayoría de las discípulas debeauvorianas: declararse feministas cuando en realidad son machistas. La diferencia entre una cosa y otra pareciera muy sutil. No lo es: el feminismo es lo opuesto del machismo. Ser feminista no es imitar a los hombres y menospreciar a las mujeres convencionales, aunque, claro, para una mujer liberada resulta casi imposible no menospreciar, por ejemplo, a la madre que pretendió inventarnos a su imagen y semejanza y perpetuar la tradición. Marcela no puede vivir sin un hombre a su lado. Necesita la presencia de uno en su cama y en su mesa para sentir que existe. Pero humana como todo personaje literario bien construido, su actitud es contradictoria: al no tolerar la sola idea del abandono, prefiere unirse en abandonadora, y aunque la mayoría de las veces estaremos de acuerdo con ella, no faltará quien desee zarandearla cuando, habiendo encontrado en Pablo el amante cariñoso y fiel que esperaba, lo planta como a Santiago y, más tarde, al inconstante Antonio, que tiene la mala fortuna de conocerla en plena ebullición de lo que el eufemismo denomina “reloj biológico”.

Es justo en el episodio de Pablo, donde el título de la novela adquiere un otro significado: ya no es un paraíso artificial lo que Marcela está rechazando, sino el que para ella representa el verdadero paraíso. Pero eso nos ocurre a todas las frustradas Simones. Es, de hecho, ¡el único de sus ejemplos que seguimos al pie de la letra!, ¿o quien olvida que Simone dejó ir al guapo y talentoso Nelson Algren, quien no aceptó compartirla con Sartre porque quería casarse con ella? A quien haya leído *Memorias de una joven formal*, le queda claro que, en un principio, tolerar la promiscuidad de Sartre representó para Simone el mismo infierno que para cualquier mujer común, hasta que se adaptó no sólo a compartir a su amante sino a complementarlo en algunas de sus aventuras. Pero

acostumbrarse equivale a dejar de sufrir, no a preferir. Una Simone jovencita, estoy convencida, hubiera preferido a un Nelson Algren y se habría casado con él.

Pues Pablo es el Nelson Algren de Marcela, por decirlo de algún modo. El hombre perfecto al que, en el específico caso de Marcela, quizá prefiere abandonar antes que terminar amándolo con locura y exponerse al abandono. Porque Marcela, como la mayoría de nosotras, vive a la defensiva, convencida de que el amor debe ser un estado transitorio de felicidad, un lago apacible, dicho por ella misma, en el que hay que detenerse solo un momento para recrearse y retornar con energías renovadas al mundo real.

No soporto el paraíso es, pues, una novela entrañable sobre un personaje que podría ser cualquiera de nosotras. Un retrato a veces despiadado de los errores que solemos cometer las mujeres en nombre de nuestra reivindicación. Pero echando a perder se aprende, dice la sabiduría popular, y Esther Charabati ha escrito una novela que desborda vitalidad y pasión y que, como el amor mismo, nos hace sufrir gozando. ■



Sebastián